

to, enfatizando en sus matices y distingos pero haciendo hincapié en una confluencia fundamental entre ellos: *cuál debe ser el enfoque sociológico* y en qué consiste su quehacer, confluencia que llevó a la sociología a considerarse como ciencia empírica rigurosa.

Dentro de este mismo epígrafe, desarrolla los tres enfoques que terminan por configurar la sociología como ciencia interdisciplinar y empírica y que, a su entender, «ha evidenciado más utilidad analítica y explicativa» y que, en definitiva, han tratado de demostrar su autosuficiencia para explicar y predecir el acontecer social; nos referimos a los antropológicos-sociales, los ecológicos-humanos y, por último, los psicosociales.

El último apartado lo dedica a las perspectivas sociológicas contemporáneas, eligiendo de nuevo aquellas que han tenido un mayor peso en la sociología actual. El estructural-funcionalismo de Talcott Parsons, la denominada «Nueva sociología» y en especial la obra de C. W. Mills, la teoría del Conflicto y concretamente las aportaciones

fundamentales de Dahrendorf y Rex, las corrientes fenomenológicas y específicamente la obra de Schutz, Goffman, Garfinkel y Berger, las aportaciones críticas de la Escuela de Francfort enfatizando en las obras de Horkheimer, Adorno y Marcuse y posteriormente en la de Habermas y, por último, una revisión crítica de los enfoques etológicos y sociobiológicos.

En todos y en cada uno de estos enfoques pretende el autor analizar cuáles son sus objetos de estudio y el método empleado, lo que da una continuidad a su argumentación, sin olvidar el contexto histórico en que fueron formulados.

En definitiva, la obra completa el cuadro argumental básico de las aportaciones más importantes que hasta la actualidad venimos utilizando para la concreción de modelos teóricos explicativos, y aunque pueda pensarse que se hace abstracción de algún(os) enfoques más actuales, la evidencia del quehacer cotidiano de los sociólogos expurga empíricamente tal argumentación.

Gonzalo HERRANZ DE RAFAEL

ESTEBAN MEDINA

### **Conocimiento y sociología de la ciencia**

(Madrid, CIS, 1989)

Es de celebrar la publicación de este libro porque, además de ser excelente, es casi un pionero de la sociología de la ciencia en nuestro país, la cual no ha gozado de demasiada dedicación aunque haya sido

objeto de creciente interés fuera de nuestras fronteras. En sintonía con el renovado interés por la sociología del conocimiento científico, el libro de Esteban Medina se incluye dentro de la corriente que rechaza la

idea de que la sociología no debe entrar en los contenidos del conocimiento científico, ni seguir manteniendo la dicotomía reichenbachiana entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación tan cara a la epistemología de raigambre neopositivista. Que las cuestiones epistemológicas no son ajenas al sociólogo, ni a cualquier otro científico social, es el punto central del argumento de esta obra que, en palabras de su autor, constituye una crítica a «la expulsión de las ciencias sociales del paraíso epistemológico» (p. XV).

La tarea crítica se lleva a cabo desde una doble perspectiva en la que el discurso histórico, que reconstruye la trayectoria de la epistemología moderna y contemporánea, se combina con el discurso teórico que recopila y analiza los datos del problema. Así, a lo largo de sus ocho capítulos se desganan las teorías del conocimiento desde Hume hasta Habermas, alternando las teorías filosóficas con las de orientación sociológica para concluir en una interesante reflexión sobre las distintas formas de la racionalidad en el presente. De este modo, el desarrollo del libro se convierte en un análisis de las discusiones habidas en la epistemología guiado por el hilo conductor del tema de las relaciones entre la filosofía y la sociología de la ciencia.

Para ello, se comienza dando cuenta de los problemas filosóficos en discusión (empirismo, demarcación entre ciencia y metafísica, casualidad, continuidad ontológica entre naturaleza e historia, separa-

ción entre juicios de hecho y juicios de valor y de las soluciones a estos problemas que están en el origen de las distintas versiones del positivismo. Una vez caracterizado el positivismo y señaladas las ambigüedades y circularidades que lo minaban, en los capítulos siguientes se exponen las distintas críticas al positivismo que renovaron el campo de la filosofía de la ciencia desde la posguerra y que han dado lugar a la progresiva sociologización de la epistemología y a los problemas que a su vez ésta plantea. Así, los análisis del racionalismo crítico de Kuhn (cap. 3) y de Lakatos (cap. 4), dan paso a la sociología de la ciencia de cuño mertoniano (cap. 5). En estos primeros capítulos, queda caracterizado el escenario en el que va a tener lugar la entrada de la sociología en la «cancha epistemológica» (p. 185) de la mano de las críticas de los filósofos al positivismo y del rechazo al funcionalismo sociológico, todo lo cual posibilita prestar atención a los planteamientos que dieron origen a los estudios sociales de la ciencia (cap. 6) y a los problemas básicos del relativismo y del ataque a la noción de una racionalidad privilegiada encarnada en la ciencia.

Si la filosofía normativa de la ciencia (tanto la del empirismo lógico como la popperiana), es puesta en cuestión dado su carácter idealista y la mitificación del proceso de conocimiento científico que lleva a cabo, y si la sociología de la ciencia de raigambre mertoniana y cuantificacionista tampoco se acepta debido a su carácter meramente descriptivo

y a su negación apriorística a entrar en los contenidos de la ciencia, aceptando con ello la concepción idealista de la actividad científica, la disputa se centra ahora en los procesos internos y externos que hacen de la ciencia nuestro conocimiento más prestigiado. La «revolución cognitiva» que tiene lugar en la sociología de la ciencia (cap. 7), al mostrar cómo «la lucha por la verdad es también la lucha por el poder» (p. 186) dentro de las comunidades y subdisciplinas científicas, convierte a la sociología de la ciencia en una sociología política de la ciencia, cuyas distintas versiones (Bordieu, Knorr Cetina, Latour y Woolgar, Mulkay o el «programa fuerte» de Bloor y Barnes, entre otros) son analizados atendiendo tanto a lo que más las une como a lo que las diferencia.

Las distintas sociologías de las comunidades científicas, sin embargo, no satisfacen plenamente al autor, quien señala sus insuficiencias al no abordar, al igual que los mertonianos, las conexiones de la ciencia «con la estructura social considerada en su sentido global, en sus relaciones con el sistema militar y productivo, con la organización política, etc.» (p. 218). Medina hace suya la advertencia de Hilary Rose: no se trata de analizar ciencia y sociedad como dos estructuras autónomas, sino de comprender cómo, en nuestros días, se produce «una ciencia en la sociedad y una sociedad en la ciencia» (p. 219).

Es necesario, pues, pasar al análisis del papel de la ciencia y la tecnología como «razón» de nuestras

sociedades industriales y al planteamiento de los problemas del control del desarrollo científico y tecnológico. Por ello, como contrapunto a las discusiones epistemológicas en la filosofía de la ciencia y al nuevo giro de los estudios sociales de la ciencia, Medina aborda un amplio estudio (cap. 8) cuyo tema es la crítica al positivismo desarrollada por la Escuela de Frankfurt y, más en detalle, la alternativa habermasiana tanto a la ciencia social «burguesa» como al marxismo, en tanto que ambos heredan el positivismo y son incapaces de realizar los intereses emancipatorios de la especie. El objeto del análisis crítico se ha ampliado, pues ya no es únicamente la ciencia sino las sociedades desarrolladas en las que la ciencia y la tecnología juegan un papel determinante. Con admirable claridad y concisión, se desmenuzan las complejidades habermasianas y los ingredientes de la síntesis en que consiste la teoría de la acción comunicativa, sin quedar tampoco Medina satisfecho con ella debido a que Habermas no lleva a cabo un análisis de clase, lo que «vacía de contenido la teoría de la comunicación-reflexión-emancipación» (p. 293) al dejar sin especificar «qué grupo social se encuentra en condiciones de acceder a la comunicación no distorsionada que constituye la base de la emancipación» (p. 294).

Todo ello lleva a plantear en el capítulo final algunos de los problemas a los que se enfrenta la razón contemporánea, suscitados por algunas características del pensamiento de nuestro tiempo (notable-

mente, el irracionalismo, el determinismo, el subjetivismo y el relativismo) y por la sistemática confusión de diversos planos del análisis de la racionalidad (natural, científica, lógica, ideológica, consensual). Frente a los análisis pesimistas de la razón ilustrada, Medina sigue defendiendo el carácter social y práctico de toda racionalidad entendida como «forma social de orientar la acción y dirigirla al descubrimiento de la verdad y la realización de ciertos valores» (p. 304). Por ello, se amplía la distinción weberiano-habermasiana entre la racionalidad instrumental y práctica, para superar el problema de la relación entre ambas, que no tiene que ser necesariamente causal ni de prioridad de una sobre otra, como sucede en distintos sistemas teóricos e ideológicos como el marxismo, el funcionalismo o la tradición tecnocrática. Medina propone la utilización simultánea de distintas formas de racionalidad (instrumental, productiva, social-práctica y cultural-axiológica) sin dar prioridad causal ni ontológica a cualquiera de ellas sobre las demás. Esta concepción cuádruple de la racionalidad permite plantear sobre bases más firmes la sociología del conocimiento y de la ciencia (al atender a los procesos de aprendizaje) así como una aproximación más cabal al establecimiento de un criterio de verdad que eluda el relativismo absoluto o el pesimismo epistemológico (con lo

cual se subsanan las insuficiencias del «programa fuerte»).

En resumen, estamos ante un buen libro de sociología del conocimiento que nos informa de la profunda renovación que esta disciplina sociológica ha sufrido en los últimos años, pero también, y sobre todo, aporta nuevas vías de indagación para la solución de sus principales problemas y materias de controversia. Dado que sus exhaustivos análisis le conducen a la formulación de un marco teórico y epistemológico general con el objetivo de reorientar la investigación sociológica del conocimiento, ha de esperarse a que se plasme o se materialice para poder llevar a cabo una evaluación cabal de su potencial teórico y empírico. Ello no obsta para considerar que el trabajo de Esteban Medina no sólo es un buen manual útil para el estudiante de filosofía de la ciencia, sociología del conocimiento y epistemología en general, en tanto que revisa y recoge la historia y estado actual de los problemas en discusión. Es asimismo una magnífica contribución española al campo y una prueba de que la sociología en nuestro país ya no es más el eco de lo que se hace fuera de nuestras fronteras. Sólo cabe esperar que trabajos como este alienten y fortalezcan nuestra investigación sociológica sobre la ciencia y el conocimiento.

Teresa GONZÁLEZ DE LA FE